
**PRESUPUESTOS ANTROPOLÓGICOS DEL PERSONALISMO COMUNITARIO
DE EMMANUEL MOUNIER
ANTHROPOLOGICAL PRESUMPTIONS OF THE COMMUNITARY PERSONALISM
FROM EMMANUEL MOUIER**

Recibido: 7/10/2013

Aceptado: 24/2/14

RANDALL CARRERA UMAÑA
Escuela de Estudios Generales UCR
San José, Costa Rica

Resumen

En este artículo se abordan los presupuestos antropológicos que conforman el Personalismo Comunitario de Emmanuel Mounier (1905-1950). Con un matiz eminentemente propedéutico se analiza la noción de persona, su tensión con el individuo, su relación con la personalidad y finalmente se exploran sus dimensiones. Como prelude a este estudio se presentan algunos datos biográficos de E. Mounier, considerados vitales para comprender los presupuestos en mención.

Palabras claves: Mounier/ Personalismo/ Persona/Individuo

Abstract

This research explores the anthropological presumptions which are stated in the Emmanuel Mounier's Community Personalism. From an eminent propedeutic touch, the article analyzes the notion of person, its tension with the individual, its relation to personality and finally, their dimensions are explored. As a prelude to this study, we present some biographical data about E. Mounier, which were considered vital to understand the mentioned presumptions.

Keywords: Mounier/ Personalism/Person/ Individual

Introducción

La vida y obra de Emmanuel Mounier (1905-1950) representan un capítulo fundamental de la Filosofía Personalista, su deseo de transformación de la realidad se plasma en el carácter libre y propositivo presente en su reflexión filosófica. El Personalismo Comunitario propuesto por este autor puede considerarse como la base para la construcción de lo que podría denominarse un nuevo humanismo cristiano para el siglo XX y XXI, centrado en la persona y la reivindicación de su dignidad en medio de un contexto individualista y deshumanizador.

Es por ello que este artículo se propone, bajo un objetivo claramente propedéutico, dilucidar las bases de sus presupuestos antropológicos, de forma que se ofrezcan las nociones conceptuales necesarias para la construcción de futuras reflexiones orientadas en el ámbito de la Filosofía de la Persona y el Humanismo Cristiano.

Aspectos biográficos fundamentales

Tal como lo afirma Díaz (2000), la obra filosófica de Mounier está ligada intrínsecamente a sus experiencias cotidianas, a sus creencias, y a la forma de enfrentarse a los diversos acontecimientos de la realidad. De ahí la importancia de profundizar algunos aspectos biográficos como claves de lectura para el análisis de su obra.

Mounier nace en 1905 en el seno de una familia campesina, en Grenoble, Francia, donde recibe las bases de una educación cristiana. Su origen humilde fue motivo de orgullo a lo largo de su vida, aludiendo constantemente al espíritu del abuelo que

reacciona en su corazón (Vásquez, 1991). Además, es necesario mencionar su tendencia natural a la introversión y el aislamiento.

Por deseo de sus padres, inicia sus estudios de medicina en la Sorbona, pero al cabo de poco tiempo, bajo la influencia de su primer maestro Chevalier, realiza un giro hacia el estudio de la filosofía, el cual se verá enriquecido y orientado por los pensamientos de Bergson, Blondel y más significativamente, Peguy. Sin embargo, el tránsito hacia la filosofía no fue sencillo, pues “intelectualmente sufrió la decepción de encontrar en la Sorbona una Filosofía desgajada de la vida e inoperante” (Burgos, 2003, p.53), influenciada fuertemente por el idealismo, sin conexión directa con la existencia.

Durante 1928 y 1933, participa de forma asidua de las reuniones dominicales organizadas por filósofo tomista Jacques Maritain, en las cuales tiene la oportunidad de compartir sus ideas con grandes intelectuales de corte católico. Tras un tiempo de reflexión, decide fundar en 1932 la Revista *Esprit*, la cual “no será una revista católica sino un prodigio de ecumenismo exigente, donde creyentes e increyentes conviven armónicamente en igualdad” (Moiné, 2006, p.2) y contará con el apoyo de grandes figuras intelectuales de la talla de Karl Barth, Gabriel Marcel, Jean Danielou, Emmanuel Levinas y Maurice Nédoncelle, entre otros.

Más que una revista, *Esprit* representa un movimiento orientado hacia la transformación de la realidad bajo el eje de la primacía de la persona, como expresión de una filosofía aplicada a la sociedad, en clara disonancia contra las situaciones sociopolíticas de su época, pues “surgió inicialmente como reacción en contra del capitalismo materialista y del

colectivismo despótico, y en el contexto de la crisis política y económica de los años treinta y el auge de los fascismos y totalitarismos”(-Vásquez, 1991, p.3).

Este contexto sociocultural es fundamental para comprender el movimiento Esprit y toda la obra de Mounier, pues “para él la crisis es algo más que un hecho económico y político: es una crisis filosófica, un signo de la desolación metafísica que aqueja a la cultura occidental europea” (Vela, 1987, p.13). Por tanto, debe ofrecerse una respuesta a los problemas del hombre, desde un pensamiento que supere la mera objetivación del ser humano y responda a sus necesidades elementales desde la demarcación de las exigencias de su universo personal.

La coordinación de Esprit se realiza de manera paralela a su producción intelectual, la cual se efectúa al margen del contexto académico universitario, en un ambiente de lucha en pleno contacto con la realidad, tal como acota Burgos (2003):

Mounier pensó que no le era lícito optar por una cómoda vida académica. Debía arriesgarse, abandonar la seguridad de la enseñanza pública y optar por un estilo de vida que le permitiese difundir las ideas que poco a poco había ido forjando y que consideraba que podían ser útiles a la sociedad de aquel momento (p.54).

La producción intelectual de Mounier, así como la dirección de Esprit, enfrentó altibajos en su desarrollo, pues no fueron pocas las críticas y acusaciones provenientes de los sectores más diversos, tanto políticos como religiosos, lo que marcó de manera definitiva la acción de Mounier, pues algunas de sus

obras fueron escritas desde la incomprensión o, incluso, desde la cárcel. Mounier muere en 1950, víctima de un ataque al corazón, en un ambiente de pobreza y un clima de trabajo excesivo, sin la oportunidad de elaborar una síntesis de su pensamiento, en un contexto de madurez intelectual.

La noción de persona

Desde su primera obra, *Revolución personalista y comunitaria*, publicada en 1935, Mounier presenta las bases de su reflexión en torno a la persona, postulados que luego se complementarán en su *Manifiesto al servicio del personalismo* (1972) y, finalmente, se abordarán en sus últimos textos *¿Qué es el personalismo?* (1947) y *El personalismo* (1949). Además, se enriquecen con orientaciones presentes en otras obras tales como *El tratado del carácter* (1946), *Introducción a los existencialismos* (1946) y *El afrontamiento cristiano* (1944). Esto significa que a lo largo de su producción intelectual, el tema de la persona se ve constantemente profundizado y actualizado.

Por ello debe tenerse claro obras de Mounier deben leerse desde la óptica de la acción y no desde los criterios académicos que subyacen tras las propuestas meramente teóricas; se trata de líneas de pensamiento que alimentan la praxis, que constantemente – sin perder su norte– se remozan y renuevan a la luz de las experiencias que su propia persona experimenta en la vivencia de su compromiso.

Esto no quita valor a su propuesta filosófica, más bien, es un criterio para comprender que no se puede separar al filósofo del activista, al creyente del militante, por lo

cual el análisis de su noción de persona implica un adentrarse de manera plena en su lucha por la transformación de las estructuras políticas y económicas, marcadas por un capitalismo inhumano y un contexto social matizado por los extremos del individualismo y de los colectivismos. De ahí se comprende por qué en su propuesta no cabe una definición rigurosa de la persona, ya que esta, como realidad dinámica, se revela en experiencias concretas a lo largo de toda la vida. Lo único que puede realizarse es una designación o aproximación a la realidad personal. Por ello, sin afán de buscar una conceptualización rígida, Mounier (1972) comprende la persona como:

Un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia e independencia en su ser, mantiene esta subsistencia mediante su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrollo, por añadidura, a impulsos de actos creadores, la singularidad de su ser (p.59).

Es clave enfatizar que se trata de una designación, pues para Mounier (1972), solamente se definen las cosas y los objetos, mientras que la realidad personal se revela a partir de experiencias concretas a lo largo de la existencia. Desde estas coordenadas la persona se comprende como una imagen de la Trascendencia que se perfecciona en la libertad y en la relación con los demás, un intento de definición sería un óbice en la percepción de la persona como realidad dinámica, inserta en un contexto determinado e interpelada por los retos y exigencias de su época.

Al analizar la designación de persona propuesta por Mounier, Burgos (2003) añade que aunque no se trate de una conceptualización al estilo tomista, pues se prescinde del elemento estático y cosificante, sí es posible hablar de la referencia a un núcleo de subsistencia e independencia, el cual será el soporte de la realidad personal. De manera contraria, la opinión de Urdanoz (1998) gira en torno a ver más allá de la discrepancia entre la terminología mounieriana y la tomista, una semejanza en la concepción de la persona enmarcada en un horizonte de sustancialidad, en ningún momento presentada como accidental o como un ser en devenir.

Por su parte Moine (2006) explicita el contenido de la anterior designación, al afirmar que se trata de una realidad personal, ya que es irreductible a lo inmanente: su realidad es transmaterial y su vocación la eternidad.

Además, es subsistente por la adhesión a una escala concreta de valores, ya que a partir de esta elección libre “configuramos nuestra vida desde el compromiso conmigo mismo y los demás” (Moine, 2006, p.7), de manera que la dimensión axiológica de la persona es fundamental para su desenvolvimiento en la sociedad. Lo anterior se comprende mejor al tomar en cuenta que “Solo existimos definitivamente desde el momento en que nos hemos constituido un cuadro interior de valores o de abnegaciones, respecto del cual sabemos que la amenaza misma de la muerte no prevalecerá contra él” (Mounier, 1949, p.737).

Según Moine (2006), el hecho de que la persona sea vivida en compromiso y libertad responsable, implica la negación de una vivencia inercial de la vida, para abrir paso

a una libertad responsable y comprometida. Pues “es la persona la que se hace libre luego de haber elegido ser libre” (Mounier, 1949, p.724), lo que implica que la realidad personal exige un compromiso ético con los valores asumidos, a través de una vivencia plena de la libertad.

Desde esta perspectiva, “la libertad no progresa al igual que el cuerpo, sino gracias al obstáculo, a la elección al sacrificio” (Mounier, 1949, p.725), dado que se trata de un don que implica una respuesta, de manera que cada vez que se opta por la libertad, se realiza una afirmación de la persona. Su crecimiento no se desarrolla en la tranquilidad y estabilidad, sino en la lucha, en la fidelidad presente en los cuestionamientos más difíciles, es decir, en la acción y el compromiso.

La noción de persona también conlleva una constante conversión, y para ello es necesario un proceso de interiorización, ya que “la vida personal comienza con la capacidad de romper contacto con el medio, de recobrase, de recuperarse, con miras a recogerse en un centro, a unificarse” (Mounier, 1949, p.709). Para Moine (2006), este recogerse implica la conquista activa de uno mismo, para una proyección de la realidad personal sobre los demás, de manera que se destruya el egocentrismo y se construya la alteridad.

Así, Mounier ofrece las pautas para analizar críticamente una sociedad en la que sus miembros son llamados únicamente a mirar hacia afuera, donde el sujeto no es interpelado por los retos cotidianos, sino que se ve inmerso en un devenir impersonal, que lo lleva a recrearse en las cosas externas, sin mirar nunca hacia dentro. Es la crítica a una sociedad capitalista donde el deseo

de consumo obnubila a la persona para comprender sus riquezas, aspecto que a la vez le impide compartir su verdadero ser con los otros, facilitándose la impersonalización.

En este sentido, afirma Mounier (1967) que “el existente está situado no ante, sino en la posibilidad de optar entre dos modos de vida, la auténtica y la vida inauténtica” (p.98), pues la persona está llamada a asumir nuevas responsabilidades que superan las situaciones previamente asumidas, de forma que la persona no se confunda con la vida, pues se trata de un movimiento personal que rebasa la vida misma.

Mounier, consciente de lo que otros sistemas han hecho con la persona, prefiere evitar confusiones y profundizar en el misterio personal, explicitando lo que la persona no es, tal como se detalla a continuación.

Tensión entre persona e individuo

Para comprender las prerrogativas de la realidad personal, Mounier dedica parte de su análisis a dilucidar, en un primer momento, la distinción entre persona e individuo, para luego evidenciar la tensión existente. Cabe mencionar que este aspecto no es una temática exclusiva de su pensamiento, pues se encuentra presente en la reflexión de otros autores personalistas.¹

¹ De una manera más académica y con matiz eminentemente tomista, Jacques Maritain propone la distinción entre persona e individuo para establecer las diferencias entre las riquezas encerradas en la persona y los atributos externos que la sociedad le atribuye al sujeto; sin embargo, a diferencia de Maritain, Mounier, profundiza la distinción para enfatizar lo que no es la persona y no para manifestar cierto dualismo entre ambas nociones, pues un rasgo fundamental del pensamiento mounieriano es que la persona se encuentra encarnada en el individuo; más que dicotomía, es una tensión constante que conforma la presencia del hombre en el mundo.

Dada la dificultad de desarrollar una definición sobre la persona, Mounier utilizará esta distinción para acercarse a la persona expresando lo que esta no es.

Desde sus elucubraciones, la persona no se identifica con el individuo, pues hablar de individuo es sinónimo de dispersión, en tanto lo primero que se capta al encontrarse con el sujeto, es el resultado de una presentación superficial de la realidad humana. En la reflexión de Mounier (1972), el individuo puede comprenderse como la múltiple representación de personajes que cotidianamente se asumen para disimular la realidad personal: personajes y roles asimilados, que son fruto del temperamento, la inercia y la cobardía, los cuales dominan y encasillan al ser humano presente en la sociedad.

Para Mounier (1935):

La cultura desarrolla juegos de máscaras incrustadas gradualmente hasta ya no distinguirse del rostro del individuo. Son para él un único medio de engañar a los otros y de engañarse a sí mismo, de instalarse en los refugios de la impostura para evitar esa zona de verdad que nace del encuentro de la mirada del prójimo y de la mirada interior (p.698).

No se trata de una visión dicotómica de la realidad humana, donde el individuo representa el peso y características negativas de la corporeidad, ante la presentación de un posible núcleo espiritual denominado persona, representante de todos los factores positivos de la existencia. El interés de Mounier no es marcar distancias entre lo material y lo espiritual, sino enfatizar la alienación que el ser humano vive cotidianamente, en la cual

se le obliga a asumir una existencia inauténtica, carente de un verdadero sustrato personal. Esta tesis es uno de los principales aportes de Mounier, pues permite visualizar la persona en una constante tensión entre las fijaciones del yo y la apertura propia del universo personal; es la invitación a luchar contra todos aquellos elementos que no permiten valorar las riquezas personales, factores tanto externos como internos, tales como los propios mitos que el sujeto posea sobre sí mismo.

Al describir la superficialidad y egoísmo en que el individuo se encuentra inserto, denuncia la carencia de sentido y el horizonte de vaguedad en los que el hombre del siglo XX se halla inmerso. Analizar el sinsentido del individuo permitirá captar las riquezas presentes en la persona, pues “mi individuo es el gozo avaro de esta dispersión, el amor narcisista de estas singularidades (...) la fortaleza de seguridad y de egoísmo que erijo alrededor, para garantizar la seguridad y defenderlo contra las sorpresas del amor” (Mounier, 1935, p.73).

Desde el personalismo, el individuo se concibe como la construcción realizada sobre la conciencia individual. Ante estos desafíos planteados por la exterioridad y superficialidad, la persona se concebirá como una conquista a partir de la asimilación de valores libremente elegidos, tal como se mencionó anteriormente.

La preocupación principal de Mounier gira en torno a visualizar a la persona en una relación directa con el otro, donde el encuentro por medio del amor enriquece y crea comunión, aspecto que no es posible desde una posición individualista, que cierra las puertas a la comunidad y posiciona al sujeto en un contexto de soledad (Mounier,

1935). La distinción entre individuo y persona posee la finalidad de expresar el proceso de integración que tiene la persona con miras a la construcción de la comunidad, es la lucha por la construcción de una sociedad personalista y comunitaria, en clara tensión con el proceso de degradante de individualización.

El punto clave radica en que para Mounier, la persona, aunque si bien es cierto se diferencia del individuo por las características propias de su estructura, tales como la apertura y la comunicación, se encuentra encarnada en el individuo. Por eso, en el personalismo no hay espacio para espiritualismos, y todo lo referente a la lucha por la transformación de las desigualdades sociales presentes en esquemas económicos o políticos, cobra un sentido fundamental. Es reivindicar a la persona, pero sin olvidar las situaciones concretas que experimenta el individuo; además, para Mounier es fundamental destacar que ambas realidades se encuentran en tensión, pero una tensión transformadora, que más que individualizar a la persona, procura personalizar las realidades individuales.

Distinción entre persona y personalidad

La persona en el pensamiento mouneriano es más que la personalidad, ya que esta se restringe a una forma asumida por la persona para ser contemplada por los demás, es una construcción que no refleja todas las riquezas del universo personal:

Mi persona no es mi personalidad. Ella es más allá, supraconsciente y supratemporal [sic], es una unidad dada, no construida, más vasta que

las vistas que yo tomo de ella, es más interior que las reconstrucciones que yo intento de ella. Es una presencia en mí (Mounier, 1935, p.74).

Mounier (1972) planteó que la diferencia entre limitarse a ser individuo y dar el paso a ser realmente persona, se realiza por un proceso de personalización, que va de lo más externo a lo más profundo. En este caso, puede afirmarse que “Mounier habló de personalidad indicando que es esta doble dimensión, persona y personalidad, la que permite que en todo hombre haya un proceso de personalización o despersonalización, según desarrolle o dilapide las cualidades que existen en él” (Burgos, 2003, p. 62).

Lo anterior implica que este proceso de personalización no se identifica con un crecimiento natural, sino que constituye una búsqueda de plenitud suscitada por el encuentro, tal como acota Pérez-Soba (2008) al afirmar que “es preciso entonces comprender la personalización como un elemento más allá de la construcción del carácter, como algo que afecta a la misma identidad de la persona y que la puede clarificar como tal” (p.217).

En síntesis, Mounier ofrece las bases para iniciar un cuestionamiento sobre la forma en la que el ser humano, en la realidad contemporánea, se desarrolla en la sociedad; es una llamada al cuestionamiento sobre cuál realidad (individual o personal) posee primacía en los avatares del hombre contemporáneo. Desde su pensamiento se inicia toda una evaluación crítica de la sociedad capitalista, marcada por el rostro inhumano de la despersonalización y la pérdida de sentido de todo aquello que llame a la entrega y al compromiso.

Movimientos de la persona

Mounier es consciente de que el problema del hombre debe abordarse de manera integral, sin espacio a visiones parciales, tal como ha sucedido con las ideologías propias de inicios del siglo XX. Por ello plantea dos movimientos fundamentales de la persona, los cuales representan, en conjunto, una mirada integral sobre el ser humano.

a) Movimiento de interiorización.

Mounier no pretende efectuar una apología de la vida interior, en la que la persona se aísla de los otros, y que permita una lectura dualista de la realidad personal; al contrario, en su pensamiento, la interiorización se concibe como un tipo de recámara existencial, necesaria para tomar conciencia de sí mismo y analizar con profundidad los elementos que ligan a la persona con su existencia y que conforman su posicionamiento en la sociedad.

No se trata de una postura solipsista en la que todo gira en torno a la persona, sino de un espacio de conquista personal que permite el encuentro con uno mismo y, posteriormente, potencia la apertura a los otros, permitiendo salir de sí hacia los demás con mayor plenitud, pues “la interioridad no es complacencia de sí. Esta contemplación es incluso su enemigo íntimo (...) Es renovación del actor y, a través del él, de la acción” (Mounier, 1947, p.646).

La interioridad es la oportunidad para que la persona se encuentre a sí misma:

La recuperación del sí se encuentra inclinada hacia la profundización de sí, según el aspecto de la interioridad (...) no se trata solamente de la influencia de las cosas, sino de recuperarme sobre las múltiples proyecciones del

yo, en las que estoy disperso a través del mundo (Mounier, 1947, p.596)

Mounier (1949) no apela a este movimiento para escapar, “pues el proceso de huida no tiene nada que ver con la interiorización” (p.594), sino para conocer las riquezas del universo personal, paso que no es sencillo, ya que “el recogimiento, incluso si comienza por una desadaptación o un fracaso, no persigue un refugio, sino una recogida de fuerzas para un mejor empeño” (Mounier, 1947, p.646). Desde su perspectiva el recogimiento no puede verse como fuga, sino como un retomar fuerzas para renovar al actor y luego volver a dar el paso a la acción. Esto supone asumir por momentos el silencio y la soledad, para encontrar al hombre y preparar para la vida, de manera que ese núcleo espiritual y subsistente, pueda expresarse en un compromiso que apela a la experiencia comunitaria (Ayala, 2006).

La interiorización es el momento de encuentro personal, que permite aclarar las dudas sobre el modo de actuar y de desarrollarse en la sociedad, pues “el hombre interior no combate jamás sino en un combate dudoso: Todo es puesto allí en tela de juicio por la dialéctica de los acontecimientos” (Mounier, 1947, p.647).

b) Movimiento de exteriorización.

Tal como se ha mencionado, la interiorización apela a un movimiento de exteriorización en el que la persona comunique sus riquezas a los otros, en una experiencia de apertura oblativa, pues el darse es una manifestación del ser global de la persona, ya que “Si la vida personal, no es un repliegue sobre sí, sino movimiento hacia y con el otro, hacia y sobre el mundo material, hacia un

por encima y un más allá de lo adquirido” (Mounier, 1947, p.656).

Mounier (1949) comprende este proceso como un “recogiéndose para encontrarse, luego exponiéndose para enriquecerse y volverse a encontrar, recogiendo de nuevo en la desposesión, la vida personal, sístole y diástole, es la búsqueda proseguida hasta la muerte” (p.714). Consiste en dar un primer paso al interior para preparar la proyección al otro, pues la persona solo se puede concebir en relación con los otros; tal como acota Moine (2006): “el primer acto de la persona consiste en suscitar en otros una sociedad de personas, una comunidad concebida como persona de personas” (p.9).

Esta apertura hacia los otros solo es posible por medio del amor, el cual se concibe en el pensamiento mounieriano como una de las más grandes certezas antropológicas (Mounier, 1949), y es vínculo que permite la construcción de la comunidad, dado que “la certidumbre más fuerte del hombre, el cogito existencial irrefutable: amo luego el ser es y la vida vale la pena ser vivida” (p.701).

De ahí se comprende el papel que desempeña la comunicación en este proceso de exteriorización y construcción de comunidad. Sin embargo, la constante tensión y tendencia al individualismo marcan una clara dificultad en la apertura del yo a los otros, lo que el mismo Mounier (1949) denomina como fracasos u obstáculos en la comunicación, pues no es posible realizar el diálogo perfecto con los otros, que evite los constantes malentendidos. Además, abrirse a la reciprocidad no es sencillo, es constante la tentación individualista a cerrar espacios de encuentro con el otro; y es claro que los

espacios de encuentro creados por el hombre pueden, en no pocas ocasiones, alimentar el egocentrismo y crear óbices entre los hombres mismos.

Por ello, a pesar de que la persona posee las capacidades para abrirse al otro y crear nuevos vínculos, “en el universo en que vivimos la persona está mucho más a menudo expuesta que protegida, desolada que comunicada. Es avidez de presencia, pero el mundo entero de las personas permanece masivamente ausente” (Mounier, 1949, p.702). De ahí las tareas del personalismo referidas a suscitar espacios de encuentro y comunicación, donde la persona pueda tornarse disponible para los demás, a través de la ruptura de toda clase de individualismo y objetivación.

Para Vela (1987), “esta es la base ontoaxiológica de la comunicación, acto fundamental de la persona, por la que el individuo pasa a ser persona, la superación del riesgo de cosificación implícito en toda salida de sí hacia las cosas y el otro”. Tanto interiorización como exteriorización permiten el crecimiento de la persona y su acto comunicativo a los otros, pues “Todas las dimensiones de la persona se sostienen y se conciertan en un todo (...) No hay que despreciar la vida exterior: sin ella la interior enloquece; así como también, sin vida interior, la primera desvaría” (Mounier, 1949, p.716).

Dimensiones de la persona

Al analizar los movimientos citados, emerge a la luz lo que puede denominarse las dimensiones de la persona, las cuales son claves, no solo para comprender y sustentar la

realidad personal, sino también para permitir ese proceso de interiorización y reflexión, así como de proyección de la realidad personal sobre los otros, denominado personalización.

Para Mounier (1935), estas dimensiones implican un equilibrio en la persona, “una tensión en cada hombre en estas tres dimensiones espirituales: la que sube desde abajo y se concreta en la carne, la que se dirige hacia lo alto y la eleva a un universal, la que se extiende a lo ancho y la dirige a una comunión” (p.74). Se explicitan a continuación.

a) Encarnación.

Uno de los pilares del personalismo consiste en sustentar la mencionada tesis de que la persona se encuentra encarnada en el individuo, razón por la cual no se puede hablar de dualismo en este pensamiento, pues “la persona en el hombre está sustancialmente encarnada, mezclada con su carne, aunque trascendiendo de ella, vino se mezcla con el agua” (Mounier, 1972, p.62).

De esta forma, no hay espacio para espiritualismos ni racionalismos en el pensamiento de Mounier, sino que debe hablarse de una perspectiva integral, ya que el destino de la persona individual está marcado por las condiciones unidas a las circunstancias del individuo. Así, el despertar a la vida personal no implica solo el heroísmo, sino también el suscitar las condiciones dignas de bienestar y seguridad necesarias para el desarrollo de la vida humana (Mounier, 1972).

Tal es el vínculo entre la persona y la realidad que “el hombre interior no se tiene en pie más que con el apoyo del hombre exterior y el hombre exterior no se sostiene más que por la fuerza del hombre interior” (Mounier, 1947, p.646).

El hecho de que la persona se encuentre encarnada permite su apertura a los demás y la solidaridad con las vicisitudes que los otros enfrentan:

No puedo pensar sin ser, ni ser mi cuerpo: yo estoy expuesto por él a mí mismo, al mundo, a los otros; por él escapo de la soledad...Al impedirme ser totalmente transparente mí mismo, me arroja sin cesar fuera de mí, a la problemática del mundo y a las luchas de los hombres (Mounier, 1949, p.623).

Esto significa que la reflexión personalista se encuentra inserta en las realidades concretas, sin negar la trascendencia de la persona:

La vida de la persona no es una separación, una evasión, una alienación, es presencia y compromiso. La persona no es un retiro interior (...) Es una presencia actuante en el volumen total del hombre y toda su actividad está centrada en ello (Mounier, 1972, p.63).

Las tesis anteriores pueden iluminarse con la expresión presente en el Tratado del carácter:

Dejemos, pues de representarnos el cuerpo y el espíritu como dos personajes de una figura coreográfica. El hombre es cada instante una compenetración de alma y carne (...) El hombre es por entero, espiritual y carnal, que en la vida personal trasciende los fenómenos particulares y traduce la solidaridad órgano – psíquica (Mounier, 1973, p.111).

b) Vocación.

Si la persona se encuentra encarnada en una realidad concreta, se necesita de un principio unificador de todas las acciones realizadas por ella, de manera que le ofrezca sentido a cada una de las actividades realizadas. La vocación le permite a la persona actuar de forma coherente, para encontrar el sentido de su vida y su misión en el mundo (Burgos, 2003).

Para Mounier (1935), la misión de todo hombre consiste en “descubrir progresivamente esa cifra única que marca su lugar y su deber en la comunicación universal, y en consagrarse, contra la dispersión de la materia, a ese reagrupamiento de sí” (p.74). Y la vocación consistiría en una unificación progresiva de todos los actos humanos y de las situaciones propias de la vida humana.

Para Urdanoz (1998), puede comprenderse como “el principio vital que no reduce lo que integra, sino que lo salva, lo realiza al recrearlo desde el interior” (p.372). A partir de esta interpretación se entiende la vocación como el principio unificador que brinda sentido a cada una de las luchas y esfuerzos cotidianos.

Rodríguez (2006) analiza esta dimensión afirmando que:

La vocación es la llamada, es el principio unificador de la persona, de sus actos, de sus personajes, de sus situaciones concretas e históricas; este principio espiritual de la propia existencia no es algo abstracto, sistemático, sino que se descubre en una búsqueda ininterrumpida; no reduce sino que integra desde el interior, este principio creador es

constitutivo de su mismo ser y el centro de todas sus responsabilidades (p.6).

El significado de la reflexión sobre la vocación puede resumirse al expresar que:

No es una unificación sistemática y abstracta, es el descubrimiento progresivo de un principio espiritual de vida que no reduce lo que integra, sino que lo salva, lo realiza al recrearlo desde el interior. Este principio creador es lo que nosotros llamamos en cada persona su vocación (Mounier, 1935, p.45).

c) Comunión.

Para Mounier, no es comprensible abordar el tema de la persona sin pensar en un compromiso con la comunidad, con los otros, pues la comunión es, en este pensamiento, la que permite que la persona se encuentre así misma, entregándose a la comunidad (Urdanoz, 1998).

La comunión es sinónimo de entrega: Digamos que es la vía de quien valora ante todo a un hombre por su sentido de las presencias reales, por su capacidad de acogida, de donación. Estamos aquí en el corazón de la paradoja de la persona. Es el lugar donde la tensión y la pasividad, el tener y el don, se entrecruzan, luchan, y se corresponden (Mounier, 1935, p.55).

Para Rodríguez (2006), “El personalismo descentra al individuo para establecerlo en las perspectivas abiertas de la persona. Las otras personas no la limitan, la hacen ser y desarrollarse” (p.7). Es por ello que la propuesta de Mounier se denomina personalismo comunitario, no es solo una

reflexión sobre la persona, sino una propuesta de integración de esta en la vida de la comunidad.

Entonces “la experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El tú, y en él el nosotros, preceden al yo, o al menos le acompañan.” (Mounier, 1949, p.685), de esta forma se suscita con otros una sociedad de personas. La persona se funda, según Mounier (1949), en unos actos originales que no encuentran ninguna equivalencia en otras partes del universo: Salir de sí, Comprender, Tomar sobre sí, Dar y Ser fiel, cinco elementos donde la verdadera y más radical comunicación humana encuentra su sentido.

Conclusiones

El breve recorrido realizado en torno a los presupuestos antropológicos del Personalismo Comunitario, permiten elucidar las siguientes conclusiones:

El pensamiento filosófico de Mounier debe abordarse desde la óptica de la acción y la praxis, sus tesis, a diferencia de otros filósofos, no son elaboradas desde la teoría; sino desde un contexto de lucha por la transformación de la realidad. El cual supera las meras elucubraciones teóricas, pues nace como fruto del compromiso a una causa específica: la transformación de la sociedad a través de la reivindicación de la persona.

Su noción de persona, se separa de todo tipo de definición, lo que permite una aproximación a la realidad personal lejana todo tipo de cosificación.

El Personalismo Comunitario de E. Mounier es uno de los peldaños fundamentales de la Filosofía Personalista, si bien es cierto el estudio de la persona no se agota en la propuesta de Mounier; puede afirmarse que sus intuiciones son la base para estructurar una reflexión seria y coherente sobre la persona.

Referencias

- Ayala, J. (2006). Mounier y la revolución personal y comunitaria. *Revista Persona*, 1(1).
- Díaz, C. (2000). *Persona*. [Archivo HTML]. Recuperado de [http:// www.mercaba.org/filosofia/persona/html](http://www.mercaba.org/filosofia/persona/html).
- Burgos, J. (2003). *El Personalismo*. Madrid: Palabra.
- Moine, I. (2006). Emanuel Mounier y el Personalismo. *Revista Persona*, 1(1).
- Mounier, E. (1935). *Revolución personalista y comunitaria*. En: Mounier, E. (2002) *Antología esencial*. Madrid: SIGUEME.
- Mounier, E. (1947). ¿Qué es el personalismo?. En: Mounier, E. (2002) *Antología esencial*. Madrid: SIGUEME.
- Mounier, E. (1949). *El personalismo*. En: Mounier, E. (2002) *Antología esencial*. Madrid: SIGUEME.
- Mounier, E. (1967). *Introducción a los existencialismos*. Madrid: Guadarrama
- Mounier, E. (1972). *Manifiesto al servicio del personalismo*. Taurus: Madrid
- Pérez- Soba, J. (2008). “Persona y personalización”. En Burgos J. (Ed) *Hacia una definición de la Filosofía Personalista*. San José: Promesa.
- Rodríguez, I. (2006). *Persona, vocación y compromiso en E. Mounier*. [Archivo PDF]. Recuperado de <http://www.personalismo.org/recursos/articulos/rodriguez-marugan-persona-vocacion-y-compromiso-en-emmanuel-mounier>.
- Urdanoz, T. (1998). *Historia de la Filosofía* (T.VII). Madrid: BAC
- Vázquez, F. (1991). *Mounier Emmanuel*. [Archivo HTML]. Recuperado de [http://www.mercaba.org /Rialp/M/Mounier_emmanuel/html](http://www.mercaba.org/Rialp/M/Mounier_emmanuel/html).
- Vela, F. (1987) *Democracia y demopedia en Mounier*. Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca.